

UN DIA EN MARIMBOLANDIA

FOTO: MANUEL ZAVALA

Barry Wolfryd

La cultura plástica de México permite toda clase de asimilaciones. En esa ductilidad está el juego artístico y las capacidades estéticas de quienes habitan un país y hacen de él su espejo creativo. Weston y Risenstein, para mencionar a dos cumbres inalcanzables, se llenaron de esa mistica que después se encuadraría como nacionalismo. Ellos asumieron los códigos y los elevaron a un punto sin retorno aparente, en ese vértice propositivo en el que todo cabe sabiéndolo aplicar. Alvarez Bravo y el Indio Fernández transitaron por caminos pre-

viamente pavimentados por el ojo foráneo que descubrió la magnificencia del lirismo o las decantaciones de una cultura popular vivificada por lo vacío, mientras que otros prefirieron el camino riesgoso de la modestia o de la experimentación. Entre éstos podría mencionarse a Mary Stuart o a Leonel Góngora, que aunque colombiano su universo se alimentaba de la Urbe de Hierro, de las tierras natales y del desenfadado mexicano.

Barry Wolfryd es un artista que se ha superado de manera asombrosa, su producción anterior era débil, tan tímida y el único calificativo posible era el de su concepción. De su muestra *Ultimo GroundZero* (Galería Los Angeles, 1986), poco se recuerda. El despegue comenzó con *Santos y pecadores* (Galería Los Pinos, 1987), en los cuales se trataba la génesis de su última exposi-

ción: *Un día en Marimbolandia* (Galería Florencia Riestra, 1989). En esta obra puede hablarse de un arte en plena madurez que consigue admirables efectos cromáticos y una figuración que es toda una dinámica visual, por esos contornos que a veces logran quedar sujetos por líneas azules que los atrapan para volverlos mujeres o muebles en plena eferescencia.

Wolfryd es un artista que juega con una *iconografía tropical* en la que sus elementos trazan la certeza de un entorno geográfico y cultural; sin embargo, algunas resoluciones tienen la memoria visual de Cezanne, por ejemplo ese *Ultimo celaje de la tarde* (1989), donde el aspecto compositivo posee esa fugacidad del ojo que todavía está lejos de poder establecer la perspectiva geométrica; los objetos que se achatan y la imagen

resulta extraña. Esta es la mirada viva, la que está en los antipodas de lo civilizatorio, lo que refleja con mayor exactitud ese habitáculo que permite observar un paisaje de tonos rojizos en donde la provincia mexicana enseña sus galas coloridas. En la mesa una hermosísima y sensual papaya-mamey, ese de cuipo naranja, y otros utensilios que casi rodean a esa fruta que deleitara cualquier paladar. La inteligencia plástica de Wolfryd trabaja en el detalle y jamás descuida ninguno de los aspectos del cuadro; en *Ultimo celaje de la tarde* coloca los objetos de manera semicircular, de tal modo que den un contraste a la pesada superficie cuadrada de la mesa en donde están puestos. El pijo azul y rojo hace que ese comedor flote, que la silla izquierda se encime a las patas de esa mesa que parece

tenerte a ti mismo. El efecto se matiza con un color que es una suerte de paja de barro mojado, un tono que deja su realidad habitada para colocarse la vela de los demás objetos, forma parte de una naturaleza muerta, por más que Wolfryd lo pinte con la paja trasera derecha con actitud de rascarse los pulgares. El cuadro petrificado y la viveza del cuadro se matiza a cada ojeada, a cada aspecto de esa labor plástica que se introduce sin asovientos en la ligereza del tema y en la calidad del manejo del óleo. También por ahí asoma una gigantesca piña que se agranda por esa perspectiva que todo lo puede. Wolfryd está en un momento privilegiado y debe aprovecharlo.

ANDRES DE LUNA